

"La contrastada"

Maria Nilda vive en una casa muy verde sobre una extensa avenida de tierra roja que da hacia el mar (que no es azul sino) verde.

En su pequeño jardín además de tener miles de caracoles deportistas, tiene una planta de tomates que da peras, un ombú flaco que no da casi sombra, un charco de agua donde vive una familia de gansos inteligentes y un observatorio donde mirar las estrellas de mar.

A pesar de vivir en el medio del campo vive en la esquina de una playa y a tan solo dos cuadras hay una ciudad donde viven cincuenta mil millones de personas, ella disfruta de la soledad (pero solo cuando esta acompañada) y le gusta ir a la playa a tomar sol en la nohecita.

Los vecinos mas cercanos, son al mismos tiempo lejanos, porque jamas intercambiaron palabra alguna y es una lástima porque sus mejores amigos viven a unas ciento cincuenta horas de bicicleta.

Entonces ve mas a sus vecinos que a sus amigos y eso la pone un poco triste porque si ella no los va a visitar, sus amigos nunca vienen a verla -los amigos de Maria Nilda además de no tener bicicletas no tienen piernas- ella tiene todo menos el corazón fuerte, así que no puede pedaleartantas horas porque se cansa.

Maria Nilda es una muchacha muy sonriente con ojos llorones, tiene una nariz chiquita como un botón pero eficazmente sensitiva, con tanto poder olfativo que deja a las rosas sin perfume cuando las huele.

Sus cachetes abullonados y rozagantes envuelven sus ojos verdes casi ciegos, Maria Nilda usa lentes para ver el mas allá y cuando quiere ver tan solo el mas acá utiliza gafas para ver de cerca.

Siempre fue una muchacha muy coqueta, por las mañanas utiliza vestidos naranjas, luego de almorzar prefiere cambiarlos por vestidos mas alimonados y frescos para echarse a dormir la siesta bajo la parra, luego de la ducha suele envolverse de perfumes dulzones y vestirse de violetas atardeceres continuando con el ciclo de colores de la jornada.

En la noche duerme completamente desnuda imitando la claridad de la luna con su blancuzca desnudez, soñando oscuras pesadillas con formas de cuervos y sombreros, suele tener insomnio entonces se pasea por la habitación imitando a las nubes.

A veces se queda quieta en la cama debajo de las frazadas contando corderos que nunca saltan la rampa y eso la pone loca como una chiva, entonces piensa en faros apagados, en racimos de letras, en victorias perdidas y en alguna que otra derrota ganada.

Como Maria Nilda no tiene ni padres, ni hermanos, ni abuelos ni marido, tiene la consciencia ausente de obligaciones y un montón de cosas para resolver de ella misma, sin pensar en relojes, paraguas o en apellidos.

Una mañana cuando apenas liberaba su mente de recuerdos oníricos sonó el timbre (que hacia años estaba mudo por las pilas secas) sorprendida por la visita inesperada se vistió de un solo gesto (como un pie dentro de una media) y corrió descalza por las escaleras sosteniendo su melena peinada caoticamente por almohadas.

Abrió la puerta y vio de golpe su vida resumida en dos segundos, era un sobre amarillo nadando en el sudor de una mano desconocida, el aliento extraño del señor sin rostro se fue sin decir buen día pedaleando ágilmente por la bajada pronunciada hacia el bullicio de la ciudad.

Se sentía el "cha ca cha ca" del tren, los carros fornidos y agitados de la feria subían el repecho tras las arrugas de los vecinos, algunas palomas runruneaban en los postes de luz y los grillos dormían

luego de trasnochar su canto en las cloacas.

El sobre no tenía remitente y en la espalda de la carta había un garabato insulso (parecido al de una receta médica) María Nilda lavó su cara y peino con un tenedor de plata sus cabellos enmarañados alejando de sus ojos los mechones rebeldes que impedirían la buena lectura.

Mantuvo la carta entre sus manos hasta el momento que recordó que tenía un estomago, entonces distraída por los primeros calambres de hambre dejó el sobre junto al arreglo floral sin vida del comedor.

Su té no paraba de echar vapor derritiendo graciosamente la manteca aburrída en bloque, mientras trozaba el pan seco en un tazón pensaba en el correo, en el sudor del cartero, en los sueños abrumadores, en sus amigos sin piernas, en el insomnio, en el ombú sin apetito y en luciérnagas agotadas.

Fue así que decidió abrir el sobre misterioso en medio de aquel triste desayuno sin mermeladas y volvió a ver su vida resumida en dos segundos (millones de imágenes que atravesaban salas solitarias por puertas y ventanas) sintió miedo y un escalofrío le corrió por la columna generándole malestar y llenando de golpe sus ojos de lágrimas espesas y sonoras.

El té perdió la dulzura, la manteca se hizo mancha, el pan en pedazos pedía a gritos un chorro de leche, las flores agonizaban desde el centro de la mesa y una noticia pasó de sudor en sudor, formando una cadena de bocas abiertas.

María Nilda dejó la mesa como estaba y salto de a dos escalones metiendo sus narices en el amplio placard de su cuarto, paseó sus ojos por las líneas coloridas hasta encontrar el traje mas lindo que tenía.

Y se echó en su cama con serenidad y placer pensando en hormigas y fuego de artificios.

La carta decía claramente que la señora Muerte pasaría a las nueve y treinta y dos minutos.

Era claro que “la contrastada” no podía morir como los otros.

Cathy Burghi.